

DÍAS DE FRONTERA

David de Ugarte

Bosque, sol y libertad

I. Irving

Irving apretó con fuerza el tablet contra las costillas. Tenía abierto un manual de urbanidad. Estaba nervioso. Le sudaban las manos e intentaba repasar las reglas de protocolo. Cuando entrara en la Sala de Plenos la reina ya estaría en pantalla. Todos los ojos de la ciudad caerían sobre él. Desde cada casa, a través de cada pantalla, pequeña o grande, sería por un momento la estrella.

El éxodo que siguió a la caída de Madrid había triplicado población. Su mundo se había hecho denso y pequeño..

Llevaba su mejor traje de paño. Se había duchado, bañado y perfumado tres veces, pero el olor persistía. Los nervios.

Afortunadamente, ni la reina ni los vecinos podrían olerle. El pudor en el que había sido educado le

subía a las mejillas. Se había maquillado ligeramente para oscurecer la piel, pero aún así se le notaba. Desde niño había sido uno de los más pálidos de la familia, como si en su ADN los antepasados castellanos hubieran hecho un esfuerzo inesperado por destacar tras generaciones de negritud.

De niño había soñado mil veces con dejar NuSan¹ mudarse a la capital, participar en los clubs políticos y las tertulias. Fantaseaba con horizontes abiertos, con las muchachas refinadas de las series interactivas. Se imaginaba galante cortejando a las guapas que paseaban por las tardes sobre la cubierta plástica y ajardinada de Madrid.

Hacía menos de un año la capital era todavía su destino. Odiaba el infinito bosque que era Castilla, masa verde y densa apenas salpicada por pueblos aislados como el suyo. Del país que enseñaban en los telecursos de básica ya no quedaba nada más que eso: un gran bosque pinzado entre los vascos, la

1 Abreviatura de Nuevo Santo Domingo

república islámica francesa y el Emirato de Granada.

La espera se hacía larga en las sillas leonesas, talladas a hacha, del vestidor. Miró al ujier que guardaba la puerta. Le habían cambiado el viejo uniforme siglo XX por un modelo casi medieval, con calzas.

El ujier le anunció.

Irving se levantó de la silla y se encamino hacia la puerta. Sus padres se colocaron tras él estirados como palos. El ujier abrió la puerta. Mientras la cruzaba tuvo la sensación de entrar en un recinto sagrado.

II. Tareq

Disfrutaba conduciendo. Vaciaba de pensamientos la cabeza siguiendo el sonido del viento que giraba dentro de las dos turbovelas de su deslizador. Sentía en los pies la amortiguación manteniendo constante la distancia entre la fibra de carbono y el suelo. A través de la estructura intuía los cables de acero rozando suavemente con el fuselaje. Los viejos coches de vela como el suyo hacían físicos los procesos de cálculo del ordenador de abordo. No había nada más relajante, más liberador, que concentrarse en seguirlos.

Otros cadíes hubieran instalado una de esas nuevas haimas geodésicas o comprado y restaurado alguna antigua venta abandonada de las que espigaban la frontera, pero a él le gustaba hacer el viaje. Cuando el viento era constante el deslizador era como una tijera que encuentra su camino en una sábana. Los trapos, el destino, se convierten en lo menos importante. El placer está en el recorrido.

Le adelantó un coche. Debía ir a más de cien kilómetros por hora. Uno de esos con baterías eléctricas de refuerzo. Protestó entre dientes como si le hubiera despertado

- Si quieren llegar antes por qué no cogerán el tren

El coche se colocó delante y empezó a hacerle señales para que parase en la próxima área de descanso. Los dos vehículos fueron reduciendo velocidad y finalmente pararon a unos metros uno de otro. Tareq hizo una media sonrisa cuando vio salir sonriente a Muña colocándose el pelo. -Qué guapa está- pensó. La imagen de su mujer se fundió por un instante con el recuerdo de la primera vez que le había visto, en la Universidad, diez años atrás. Él empezaba el doctorado y Muña estaba en el primer grupo al que había dado clase.

- Sabía que no pararías hasta Córdoba; Tenemos que ir hacia el Norte, tienes que hacer un juicio en la zona de frontera

- ¿Así, de repente? - sonrió mientras le daba un beso- sin documentación ni alegatos, ni nada...

- Es tema político, un favor para los del Emirato. Dejaremos tu deslizador en Jaén y nos moveremos con ésto, pasada Sierra Morena más nos vale tener algo que no dependa del viento.

Oficialmente, los servicios comunes del Emirato terminaban en Despeñaperros. La mayoría de los grupos políticos y las comunas no tenían ningún interés en proseguir la expansión. En la imaginación popular, animada por las series interactivas, los castellanos eran poco menos que unos fanáticos reprimidos, un peligro para la convivencia que había que mantener lo más aislado posible.

Pero en realidad, de un modo sutil y espontáneo, la guerra continuaba. Siempre había cuadrillas de jovencitos con conocimientos y ganas suficientes como para dedicar su tiempo casi en exclusiva a incordiar las defensas castellanas.

Y sobre todo, siempre había inmigrantes con hambre de espacio. El Emirato tenía ya casi ochenta millones de personas repartidas entre las antiguas Andalucía, Algarve y Extremadura. Nadie estaba por ceder terreno caro a sahelianos, filipinos,

indonesios y caucásicos, por mucho que las encuestas siguieran mostrando que más del 80% de la población estaba por mantener abiertas las fronteras. Los conatos de racismo -en especial con sahelianos y asiáticos- se reproducían cada vez con más frecuencia con la excusa del fanatismo religioso de los recién llegados.

La guerra, difusa, sin efusiones de sangre y privada, era en la frontera la válvula de escape de las tensiones del país. Todos lo sabían. Por eso el cinismo se había convertido en política oficial.

Sólo unos cuantos, agrupados en la Red Anexionista como Tareq defendían la anexión legal de la tierra de frontera. Eso significaría que el Emirato debería hacerse responsable de custodiar la frontera, parar la expansión y evitar los desmanes. Los críticos les afeaban que por ése camino habría que acabar cerrando el país, construyendo muros, verjas y vallas que en la memoria colectiva se asociaban a la intolerancia y el horror de los tiempos finales del Reino de España. Y los anexionistas les preguntaban que cuándo andaluces y magrebíes,

seguramente la zona de integración económica más rica del mundo, se decidirían a invertir en el famélico Sahel y aún más al Sur y dejarían de rebotar sus problemas contra sus vecinos del Norte.

- Hay una comunidad talando una barbaridad de espacio. Nuevo Santo Domingo, un pueblito del otro lado.

Un cartel les avisaba de que estaban llegando a Despeñaperros

- Es ilegal -respondió un poco molesto Tareq- según el Acta segunda de Consensos Universales la tala de una masa boscosa mayor que dos quintas partes del área urbana conexa autorizaría al Emirato a dispersar la comuna e incluso a solicitar tropas a las comunas andaluzas en caso de resistencia. No hay razón para juicio, basta con la presentación de fotos autenticadas de satélite para que sea de aplicación inmediata.

- Ellos aducen que no, que ellos no han sobrepasado el límite legal, que hay una comuna autónoma no registrada

- ¿Una comuna no registrada?
- Dicen que moriscos.
- ¡Ja ja ja! Estos animales con tal de talar no saben que excusa inventar, hace cien años que no hay blancos en esa zona, fueron los castellanos los que nos los mandaron y ahora viven como reyes, dueños de la mitad de los balnearios del Algarve...
- El Emirato ha pactado con la comuna que seas cadí del caso. La comuna asegura ser pacífica, así que los otros te propusieron tomándoles la palabra y...

III. Raisa

Eran las cuatro de la mañana. En mitad del bosque, junto a un arroyo, un chico negro y una chica blanca de pelo azabache, ajustaban con sus tablets un pequeña emisora parabólica oculta en la copa de un álamo.

- Ya es la hora- dijo ella

- Espera un poco, puede que se retrasen en el backup... si damos la señal antes de tiempo nos descubrirán

- ¿Éstos? Éstos son peores que los neoyihadis, hacen las cosas por ritual, ya sabes que no les enseñan a pensar por si mismos. Conecto ya.

- (...)

- ¡Coló!. Emitiendo protocolo de identificación

- No cantes victoria

- Ya está. Han tragado, recibiendo el backup

- Vale, pongo en marcha el espejo y lo emito a NuSan.

- No se van a dar ni cuenta...

Les había llevado meses y el cálculo de cientos de órbitas y efectos atmosféricos encontrar el hueco en que el gap entre el satélite y los receptores de NuSan les permitiera colarse en medio de la comunicación y hacerse con un backup casi completo de novedades en la red global del mundo libre.

Hasta ahora habían vivido de contrabandear a los propios castellanos sus series interactivas de pago a una décima parte de su precio GBC y especular en Londres con la información bursatil que lograban descifrar. Ahora se planteaban algo más.

La atención del mundo estaba centrada en Madrid. Las hordas de refugiados habían llegado, hacía apenas un mes, cuando un accidente al que ellos mismos no eran ajenos, había inutilizado sus controles de acceso. Tardó poco en correrse la voz. En una semana las columnas de refugiados eran de salida y estaban formadas por la élite castellana. Huían del contacto interracial en sus carromatos eléctricos cargados de imitaciones neovictorianas de

oscuros muebles del siglo XIX. Al principio destruían sus infraestructuras, a veces algún fanático enloquecido se llevaba a algún refugiado por delante. Pero a estas alturas un triste estoicismo se había apoderado ya de la mayoría.

Esta vez eran muchos los que se habían atrincherado en las azoteas, derribando los puentes neovenecianos de metacrilato que las unían entre sí, dispuestos a defender su lugar al sol como fuera. Sobre Madrid estaba el foco. La evacuación se prometía correosa y centenares de millones de personas lo seguían en directo como un grandioso experimento químico.

- ¿Qué tal vas?- dijo la chica
- Estupendamente, veinte minutitos más y habremos acabado
- Tengo ganas de ponerme ya a trabajar en los datos

Al poco estaban recogiendo antenas, tablets, baterías y paneles solares en un carrito de ruedas. Luego colocaron unos engarces de fibra óptica entre el carrito y el eje de la rueda trasera de la bici de él,

una especie de mountainbike eléctrica con esteroides, y se pusieron en marcha.

- Raisa, ¿tú crees que de verdad se marcharán aunque no lleguen refugiados?- preguntó el muchacho. Llevaba una camiseta negra de algodón y unos pantalones de camuflaje. Pedaleaba ayudando al motor eléctrico.

- Mira Kevin, ésa es la apuesta. Si todo va bien, los que vienen de Madrid estarán tan horrorizados que ni se lo plantearán, recogeran otra vez sus paquetes y tirarán para el Norte. Si jugamos bien, el miedo al contagio les hará marchar sin darles tiempo ni para desmontar los sistemas energéticos

Nunca faltaban refugiados con conocimientos suficientes ni vecinos deseosos de dar una salida al exceso poblacional. Pero ahora estaban todos ocupados tendiendo sus paneles de película fotovoltaica en la superficie-azotea de Madrid. Y por ahí iban los cálculos de Raisa.

Era mediodía solar cuando llegaron al poblado: en el centro de una zona talada y apenas alisada, un

cilindro transparente de unos ocho metros de diámetro y cinco pisos de alto que terminaba en una gran cúpula recubierta de film fotovoltaico. El resultado era una especie de monstruosa seta radioactiva, una versión survivalista de un edificio castellano con columnas y suelos de madera y plástico acristalado fotosensible.

Alrededor del hongo artificial se apiñaban bicis eléctricas, un par de velas tubulares desmontadas y una turba de niños higiénicamente desarrapados bajo impermeables orgánicos de colores. Todos a cubierto de la llovizna constante bajo el sombrero artificial.

- ¿Qué tal la caza?

-Perfecta -dijo Raisa con una sonrisa

IV. Petición real

Irving vaciló antes de protestar. Lo que hablaran ya no era retransmitido, la reina se había retirado y estaba en modo vídeoaudiencia privada. Pero el ministro principal del consejo imponía y mucho, a un recién investido Caballero del Mundo Libre:

- Excelencia, como usted sabe, el Acta Tercera de Consensos Universales ordena el bloqueo económico e incluso permite la disolución violenta de cualquier comunidad que emplee la violencia para asegurar sus fronteras... los andalusíes no pasarán la oportunidad de hacerse con Castilla, sólo Nuevo Santo Domingo supone una superficie aérea de 8 km², suficientes para montar una chimenea solar con la que alimentar su crecimiento en la costa.

- Pero como usted bien sabe, nuestras comunas en el continente son legalmente urbanizaciones, espacios privados habitados por sus accionistas. El estatuto legal de los accesos es el de controles automáticos de entrada a grupos de oficinas e instalaciones

empresariales. Un error no pasaría de escándalo, bien gestionado no tendría consecuencias para el Imperio. Quedaría restringido a su asentamiento...

- Pero si se descubre y presionan, la comunidad se disolvería...

- ¿Y qué perspectiva les aguarda ahora? Lo que hasta ahora hemos llamado “guerra” no es sino la historia de una larga limpieza étnica. A largo plazo, de seguir así, todos sabemos que el Imperio acabará reducido a las islas. Entonces la última esperanza residirá en mantenerlas aisladas por mar. Con 100 millones de personas hacinadas en ellas ¿cuánto tiempo podremos mantener el orden y la cohesión interna?

Irving calló. Tenía una sensación contradictoria. No era un exaltado, pero estaba de acuerdo con el primer ministro: los consensos universales convertían al Imperio en la víctima del desarrollo de los demás. El mundo era cada vez más un pastiche en vez de un mosaico de colores. La política imperial en la península durante las últimas cuatro décadas, había sido un intento contracorriente de

compaginar la legalidad con el aislamiento étnico autoinfligido. No era algo sangriento, aunque sí inevitablemente dramático. Su estrategia a medio plazo, tal como había defendido su padre, pasaba por rodearse de masas arbóreas lo más densas posibles e invocar la defensa de los bosques si alguna comunidad de refugiados la talaba para instalarse en sus proximidades.

En la práctica cerraban el paso a los emigrantes del mismo modo que, en otros tiempos, los chalets de costa acaparaban playas: eliminando de facto derechos de paso. Pero una vez los sistemas eran hackeados y los tornos de entrada se caían, los refugiados fluían solos y el espacio no construido era público. Incluidas las azoteas, el recurso más valioso en un mundo que tomaba su energía del sol y donde no se podía talar ni un triste arbusto.

A medio plazo todas las comunidades étnicas en Castilla desaparecerían. Como había dicho el primer ministro, la perspectiva real de Nuevo Santo Domingo era, antes o después, el exilio en las Islas Británicas.

Somos el último país culturalmente homogéneo del mundo y estamos en un momento crítico -retomó el ministro-. Contamos con usted Irving

V. NuSan

La sombra de los pinos transgénicos se cerraba a su paso como una noche húmeda y fría. Sin dejar de mirar a la carretera ni soltar el volante, Muña subió la calefacción y bajó un par de dedos las ventanillas. Tareq dio por comprendido. Sacó una cajita verde de la guantera. Extrajo un par de cigarrillos de ella, encendió el primero y se lo puso a Muña en los labios. Como un gesto reflejo, los labios de ella se plisaron aspirando la primera calada con un suave chasquido. Un breve e invisible geiser de angustia y excitación brotó en la espina dorsal de su marido.

Tareq volvió a mirar al frente, bajó un poco más su ventanilla y encendió para si el segundo.

- Ya casi estamos -dijo ella, exhalando el humo- cuanto más relajados lleguemos mejor

Al fondo, en la perspectiva del arco de los árboles, se abría Nuevo Santo Domingo, NuSan. Una gigantesca casita de chocolate hecha de vidrio orgánico y tejida con puentes venecianos de

metacrilato entre los susurros peremnes de las ramas.

Frente a los tornos del pueblo una especie de beefeter de camuflaje les hizo gestos para que dejaran el coche en una plataforma.

- Simpático el gorrilla- dijo Tareq

La ironía les permitió desahogar en risa la angustia. No hacía falta ver armas para percibir la tensión bajo los gestos de los guardianes. Con el motor todavía ronroneando, el beefeter se acercó y abrió la puerta del copiloto. Sin hacer ningún comentario entregó un anillo a Tareq y condujo a la pareja hacia los tornos. A su espalda la plataforma engullía el vehículo en los subsuelos automatizados de la ciudad.

El anillo abrió los tornos a su paso. Frente a ellos, estirado y sin un atisbo de sonrisa, un joven neovictoriano vestido de gala, tendió la mano derecha

- ¿cadí Tareq Undurruaga?

- Encantado

-Irving Dolio, caballero del mundo libre y gobernador de Nuevo Santo Domingo

Avanzaron en silencio por la calle principal. Por todos lados correteaban enjambres de niños. Los salones de té habían retirado las cristaleras para desbordar en terrazas a una pequeña multitud de madres vigilantes, estiradas y un poco sucias. Llevaban escrito en la cara el cansancio vital del refugiado. Unos meses antes tal vez paseaban con sus sombrillas por los jardines aéreos de Madrid, ahora sus maletas se amontonaban en promiscuidad en las plazas de NuSan. Muña se quedó mirando una de las pilas de equipajes.

- Somos una sociedad que sólo conoce el robo anecdóticamente. Nos falta espacio, pero nadie teme que otro coja lo que no es suyo- respondió Irving a la pregunta implícita.

- ¿Dónde están los hombres? - replicó Tareq

- En el bosque

- ¿Talando?

- No sea descortés mi cadí, están limpiando. Si no limpiásemos el bosque tendríamos incendios regularmente. El fuego sería un problema para ustedes y un peligro para nosotros.

No necesitaba decir más. Era evidente que, aunque el bosque entero ardiera, NuSan no sufriría daños directos, pero las comunas cercanas verían la oportunidad de expandirse y forzar la anexión. Legalmente podrían hacerlo invocando el derecho de ingerencia recogido en los consensos universales en casos de emergencia medioambiental. Nadie más interesado que NuSan en evitar problemas en el bosque.

VI. Mapa en seta

La última planta de la seta era muy parecida a una torre de control. De hecho era una torre de control. Sólo que no seguía aviones. Una de las paredes, de tela digital orgánica recogía como puntos cada uno de los árboles del bosque. Junto a la mayoría de ellos parpadeaba un pequeño número. En el centro, como el sagrado de un laberinto, un círculo representaba NuSan, una ciudad sitiada por su propio bosque.

- Raisa, ¿Leiste MacBeth?
- Los no castellanos también leemos literatura universal, Kevin.
- Ya... pensaba en la escena de Macbeth viendo avanzar el bosque y entendiendo que la profecía de las brujas está a punto de cumplirse.

Raisa sonrió. La habitación comenzó a llenarse de gente que miraba silenciosamente el mapa. Media docena de operadores tecleaban con la vista fija en el entelado.

- ¿Qué coño están haciendo?
- Esta mañana parecía una escuadra rutinaria de limpieza. Algo con lo que entretener a los refugiados.
- Pues parece que van en formación. ¿Estarán jugando a soldaditos?
- Esperemos que no -terció Raisa- ¿Está todo listo?
- Todo. La fiesta puede empezar cuando queramos -aseguró Kevin

Por el borde occidental del mapa aparecieron nuevas manchas.

- Refugiados -avisó uno de los operadores
- Dejaremos que lleguen, eso aumentará la confusión y la sensación de huida, a ver si mientras, los aspirantes a soldaditos se cansan y vuelven para cenar antes de que anochezca.

VII. Las cartas sobre la mesa

Los protocolos de presentación habían sido tan barrocos que sentarse en una rígida silla de madera al lúgubre gusto castellano resultó un descanso. La sala recordaba a un coro gótico, con las sillas de madera tallada pegadas a las paredes rodeando un trono vacante.

A un lado de la habitación Muña y Tareq, al otro Irving ocupaba la posición central rodeado de media docena de condes, barones y marqueses castellanos del imperio. Muña se levantó y repartió unas carpetas entre ellos. Tareq abrió fuego.

- En la carpeta pueden observar las fotos del satélite. Un cuadrado perfecto de dos kilómetros de lado. Evidentemente de origen humano... y evidentemente más allá del límite de tala permitido para una urbanización privada como la suya.

- Hoy mismo hemos enviado una cuadrilla de limpieza a explorar y limpiar el lugar. Mañana por la mañana tendrá un informe de nuestras pesquisas, mi cadi.

- No juegue conmigo, mi señor Dolio. Estamos aquí para evitar un conflicto. Somos conscientes de las dificultades por las que están pasando y las tensiones internas que sin duda sufren. Tan sólo queremos contribuir a una solución que parta del respeto a los consensos universales. No se le oculta sin duda que la situación es delicada, por eso le ruego la máxima sinceridad.

- Y mi sinceridad tiene, mi cadí. La invasión de Madrid nos ha enviado miles de refugiados. Tenemos que trabajar mucho para que una situación dramática no se convierta en un problema humanitario y no tenemos ningún interés en que se convierta en un problema político. Nuestra población se ha triplicado en menos de un mes y de repente aparece un espacio libre 4km². ¿Cree que no nos resulta apetecible? ¿Cree que no tenemos que hacer un esfuerzo de disciplina social para no ocuparlo? Esta noche llegará una nueva columna de refugiados. Estamos al límite. Dormirán en la calle.

- Si se veían en necesidad de talar tenían que haber seguido el procedimiento legal

- No talamos nosotros
- No talaron ustedes... simplemente apareció...
- Efectivamente

Tareq hizo una pausa. Miró a Muña que arqueó sutilmente las cejas mientras se colocaba el pañuelo. La cabeza le vagó. Muña llevaba el pañuelo con naturalidad. En el Emirato la obligatoriedad para las mujeres de cubrir su pelo era denunciado rutinariamente como parte del barbarismo de franceses y castellanos, “los polos de la intolerancia” según la feliz expresión del Emir.

Tareq miró a Irving. Tal vez no mentía. Pero ocultaba algo. Casi podía olerlo. Retomó el interrogatorio.

- ¿Tiene alguna explicación para lo sucedido?
- Si usted no me la da, mi cadí, creo que sería prudente esperar al informe de nuestros exploradores.
- Ya se lo he dicho mi señor, no juegue conmigo. Tengo plenos poderes del Emirato. Y no pensamos

permitir una violación tan flagrante de los consensos universales...

- ¿Consensos, dice? - intervino Washington, el padre de Irving

- Consensos Universales - aseveró Tareq

- ¿Qué clase de consenso es ese que se mantiene tan sólo bajo la amenaza constante de la fuerza? ¿Qué consenso permite que millones de personas sean desplazadas de sus hogares sin mover un dedo y plantea sin embargo unos pocos árboles talados como un casus belli?- se aceleró- Si ustedes tuvieran la más mínima preocupación por los valores universales, mi señor cadí, habría venido, como mínimo, para ofrecernos ayuda en la atención a los refugiados, no para amenazarnos amparándose en lo que no puede ser más que una provocación...

- Señores -comenzó muy pausadamente Tareq- mi tarea como cadí, como juez, es defender los consensos universales y sólo a través de ellos los valores que representan. Todos estamos preocupados y dolidos por cuanto ha pasado en

Madrid en estas semanas. Pero asúmanlo. Los flujos migratorios existen, la diversidad existe. Y si ustedes no la temieran tanto, si aceptaran la convivencia, ninguna oleada de recién llegados les haría abandonar sus ciudades. Nadie les ha amenazado. Nadie les ha agredido. No hay caso legal en Madrid. Hay caso aquí - dijo acentuando especialmente la última sílaba mientras levantaba la foto del satélite con una mano y la golpeaba con la otra

- Mi señor cadí -terció Irving- ha de comprender que la situación es sumamente tensa. NuSan es una de las últimas ciudades del imperio fuera de las islas británicas. Hoy serían muchos los que se levantarían para sustituir los tornos por una frontera en caso de que las defensas cayeran. No queremos irnos. No queremos provocaciones... Y esa tala es una provocación...

Así que era éso- pensó Tareq. La tala tal vez no es suya, pero estaban organizándose para evitar la llegada de emigrantes. Los hombres no estaban talando, estaban entrenándose...

Muña le tendió su cuaderno electrónico. Una nota. Los mozárabes. Una buena estrategia tal vez para rebajar la tensión y reconducir la discusión sin renunciar a seguir sondeándoles.

- En sus alegaciones...

- En nuestra respuesta a las acusaciones del Emirato- interrumpió Irving

- En su respuesta -concedió Tareq- atribuían la tala a grupos moriscos incontrolados. ¿Tienen alguna prueba? Nosotros no conocíamos la existencia de otra comuna distinta a la suya.

- Nuestros hombres han encontrado rastros. En una ocasión incluso una bicicleta. Zonas de bosque que aparecían limpias cuando no tendrían que estarlo. Creemos que son moriscos... aunque si pregunta en la calle muchos le dirán que son emigrantes preparándose para echarnos o agentes de las comunas del Emirato más cercanas... Mi cadí, sabemos que no hemos sido nosotros, sabemos que nuestra ciudad es codiciada tanto por lo que tiene

como sobre todo, por lo que representa... el resto, es su trabajo.

- Si no nos ofrecen ninguna prueba material, ninguna sospecha razonable, no tendremos más que concluir que han sido ustedes el origen de esta violación de los consensos. Y he de advertirles: una violación de los consensos universales no se soluciona con otra. Si pretenden crear una frontera, evitar la difusión de la diversidad, el Emirato actuará en consecuencia.

- Nosotros somos los defensores de la diversidad, porque nosotros somos los que queremos vivir de un modo diferente -arrancó Washington sin que su hijo se inmutara-. Déjennos en paz. Preocúpense de sus amigos franceses con sus impuestos discriminatorios y su imposición de fiestas religiosas y rezos en las escuelas...

Le digo una cosa, mi cadí, ese claro en el bosque, aunque nos sería de gran utilidad, no será tocado. Pero téngalo claro. De aquí no nos van a mover así movilicen a todas sus comunas

- Creo que deberíamos concedernos un receso... al menos hasta mañana... si tienen donde albergarnos... - intervino Muña

VIII. Bajo la torre seta

¿Todo listo?- preguntó Raisa. Recibió por respuesta un cabeceo general. Serían como mucho dos centenares. Una docena de ellos daba cuerda con una palanca de plástico a unas pequeñas radios.

- Sólo emitiréis para dar noticia de que ocupáis vuestro puesto o si ocurre algo imprevisto. Es importante que la secuencia se active con un ritmo estable y que cada uno estéis en vuesa posición. Repasaremos el orden...

IX. Un paseo filosófico

Las azoteas de NuSan estaban salpicadas de pequeñas cúpulas geodésicas de película fotosensible bajo las que apretujaban familias enteras. Casi no quedaban jardines. Con todo era el lugar más discreto para que, tras la cena, Irving y Tareq dieran un paseo a solas.

- Creía q los defensores de la hipocresía eran ustedes.

- De la hipocresía sí, mi cadi, del cinismo no. Una cosa es aceptar que entre los objetivos morales de una comunidad y su práctica puede haber una cierta distancia y callarla púdicamente prefiriendo comportarse “como si” realmente sus móviles fueran más elevados y otra muy distinta utilizar las grandes palabras para imponer el abuso de los más fuertes.

- Me parece una diferencia muy sutil.

- No creo que a ellos se lo parezca, mi cadí -dijo Irving señalando teatralmente con la mano a la columna de refugiados que llegaba por la carretera

Apoyados en el alfeizar de la azotea observaron en silencio como medio centenar de diligentes funcionarios de la ciudad descargaban uno a uno los vehículos mientras un grupo de mujeres recibía a los recién llegados con tazones de sopa caliente. A pesar del formalismo victoriano de los castellanos, muchos se arrodillaban tras pasar los tornos y besaban el suelo. Otros lloraban sin recato abrazándose a los familiares que les esperaban en la NuSan.

Cuando prácticamente la recepción estaba concluída apareció una columna de hombres por el camino.

- Ahí viene nuestro informe -dijo Irving sonriendo

La tensión se había rebajado claramente entre los dos hombres. Irving miró su tablet y tras pedir permiso con la mirada su interlocutor abrió un documento. Frunció el ceño y miró con cara de sorpresa a Tareq.

- No se lo va a creer. No han encontrado la tala
- Mañana iré yo mismo, desde luego sería una bendición que hubiera sido un error del satélite o simplemente una impostura, un hackeo.
- Si a mi señor cadí le parece poco preocupante que alguien pueda modificar las imágenes de satélite a su antojo...

Tareq no tuvo tiempo para responder. Una sirena sonó por toda la ciudad. Como respuesta se escucharon algunos gritos. Los hombres que acababan de llegar formaron en la puerta.

- Bajemos -empezó a decir Irving

Un gran estruendo les hizo mirar a la carretera de nuevo. Desde el horizonte parecía que avanzaba un ejército de gigantes.

- ¿El bosque...? ¿El bosque se mueve? (...)
- No, no se mueve... es una tala, y está cerrando toda la carretera

- Y todas las carreteras- completó Tareq señalando a la gente que se agolpaba para mirar en las azoteas del otro lado de la ciudad

X. El fin de los consensos

El espectáculo duró apenas veinte minutos. Al terminar, sólo quedaba un camino abierto, hacia el Norte. Frente a la puerta Sur, la misma por la que habían entrado Tareq y Muña los árboles caídos se extendían dibujando el rastro de una lombriz gigante hasta el horizonte. Eran casi las ocho y el sol caía. Decenas de figuras empezaron a salir de la selva y trepar por el promontorio.

Los hilos musicales de los edificios de NuSan dejaron de emitir mensajes de calma e instrucciones de emergencia. En su lugar se escuchó una voz femenina

No teman, si actúan ordenadamente nada puede pasar. Tenemos el control de sus comunicaciones, sus ordenadores y sus tornos. Estamos dispuestos a hablar con sus representantes en la puerta Sur.

El mensaje se repitió varias veces mientras bajaban apresuradamente por los ascensores. Al cruzar los tornos Tareq se encontró con Muña. Fue a darle un beso pero ella volvió la cara señalándole un cambio

importante. Los beefeters y los limpiadores del bosque estaban ahora en formación llevando armas arcaicas. Fusiles.

No había tiempo para discutir con Irving. Una chica blanca, con el pelo azul de puro negro bajaba desde el promontorio de árboles talados y se paraba a una distancia prudencial de donde estaban ellos.

Irving y Tareq se acercaron con paso firme.

- ¿Quienes son ustedes?- dijo Irving con una voz de bajo tenor que -pensó Tareq- se había cuidado de endulzar en la reunión de la tarde

- Eso no les importa -cortó Raisa- Hemos cerrado todos los accesos excepto el de la puerta Norte. Son libres de marchar ordenadamente si así lo quieren y dejarnos la ciudad. Han de saber sin embargo que no pensamos ocuparla. Eso sí, queremos esas armas tan cuidadas que llevan sus soldaditos

- No les daremos las armas -son un recurso extremo para nuestra defensa

- Son ilegales y serán incautadas -terció Tareq, Raisa e Irving sonrieron involuntariamente- la situación no dejaba de tener un punto absurdo.

- ¿Representante del emirato?

- Así es: cadí Tareq Undurruaga

- Vaaaaya, un político famoso. Está bien. Así están las cosas. Pueden irse y dejarnos las armas o pueden quedarse y dejárnoslas también. En ese caso volveremos a dejar que sus tornos funcionen... pero los haremos caer tan pronto como ustedes pidan ayuda al Emirato. Si se niegan podemos cercar la ciudad. Los caminos están y seguirán estando cerrados, pero el mundo exterior recibirá tan sólo la información tranquilizadora que les enviemos.

- Esto no puede quedar así -interrumpió Tareq- es una violación brutal de todos los consensos universales: interrupción del flujo migratorio, uso de armas por organizaciones privadas, violación no autorizada de las telecomunicaciones, tala indiscriminada...

- Mire mi cadí -respondió Raisa con una sonrisa irónica- nosotros no creemos en verdades universales como los castellanos. Y como pueden observar a su alrededor tampoco hay ya consensos. Al menos no universales. A no ser que nos detengan a todos, incluidos estos señores desesperados que ahora dudan si vagar en busca de un claro o quedarse para participar en el nuevo juego.

Y sinceramente, no creo que sus comunas, su Emirato, se atreva a jugar a las guerrillas con nosotros en un bosque del tamaño de Bélgica y cuyos árboles son sagrados para ustedes

- Ya no hay consensos universales -repitió Irving mirando a Raisa

- Ya no hay consensos. En su lugar hay fronteras, o frontera, al menos una, pero de verdad. Somos libres, podemos segregarnos, podemos irnos y podemos seguir mezclándonos si es lo que queremos. Hay un nuevo juego y tiene nuevas reglas.

- ¿Y ahora?

- Ahora tendremos que aprender a hacer la guerra,
respondió ella

Parábola de Ogulsapar

I. La arenga

A Ogulsapar le gustaba retirarse a pensar en el Turkmenkoli. El nombre (literalmente “el lago de los hijos de la luz”) había sobrevivido en casi un siglo al agua llevada un día por el mítico Turkmenbashi. Una vez al año nostálgicos, unionistas y folclóricos venían aquí, a celebrar viejas glorias y hacer discursos sobre un Turkmenistan unido. Cientos de juglares recitaban versos del Ruhnama saludando al cielo al acabar. En vida del Turkmenbashi se había lanzado un satélite artificial con un ejemplar en el interior e inexplicablemente seguía ahí arriba, mucho después de lo que los cálculos físicos le otorgaban, mientras el país fundado por el “padre de todos los turkmenos” se despedazaba sediento en una pesadilla tribal sin fin.

Ogulsapar se colocó en la cabecera de un largo paseo formado por antiguas estatuas del gran líder.

A falta de pedestales, algunas estaban semienterradas en el limo seco del lago.

- Nothing beside remains. Round the decay
Of that colossal wreck, boundless and bare
The lone and level sands stretch far away...

- ¿Qué es?- preguntó Maisa que le seguía un par de pasos por detrás

- Inglés, un verso que me enseñaba mi padre

- ¿Tu padre vivió en el extranjero?

- No, pero le gustaban las lenguas muertas. Aprendió con una versión del Ruhnama que conservaba mi abuelo.

- Entonces... ¿éso era un verso del Ruhnama?

- No.

Sabía que no debía preguntar más. Cuando la lideresa respondía con un monosílabo la conversación debía darse por cerrada.

Ogulsapar se volvió. Miró a sus huéspedes en silencio unos segundos y cogió las riendas de su caballo de manos de Maisa. Montó. Acarició el cuello de la bestia inclinándose hacia delante en la montura. Sus soldados creían que hablaba la lengua de los animales, estos parecían obedecerla incluso en medio de la batalla.

Se colocó de pie sobre la montura. El caballo ni se inmutó. Al volverse de nuevo hacia sus jinetes el viento echó hacia atrás su pelo. Con un movimiento de la mano sobre la cara dejó caer la cinta que sujetaba la melena. Con el sol a su espalda, el pelo oscuro estallando al viento y la armadura de kevlar ciñéndole la cintura, parecía una heroína de los antiguos cómics de Richard Corben. La imagen que había compuesto no sería olvidada fácilmente por ninguno de ellos. Antes de que hablara ya deseaban morir por ella.

- Hermanos, estamos en la tierra más sagrada de nuestra patria. En los mejores años de la Edad de Oro, el Turkmenbashi trajo hasta aquí agua hasta cubrir el horizonte. Canales subterráneos la llevaban

a las casas para asegurar que nadie sufriera sed. Todos habéis crecido entre las historias de entonces. Nuestros padres, nuestros abuelos siempre supieron que volvería a haber un mar en el desierto, que una avenida de árboles se abriría de nuevo paso hasta la costa. No heredamos un país, heredamos una Historia y una esperanza. Pero sobre todo heredamos un vacío. El vacío de este lago, seco como el alma de la patria que nos negaron.

A menos de un día de aquí se levanta la ciudad de los Bahà'i. Hasta ella se retiraron las aguas. La riqueza que era de todos, la riqueza que era de los turkmenos yace ahora debajo de sus casas, protegida por sus murallas herméticas y disfrutada por aquellos a los que no importa el sufrimiento de vuestros hijos, aquellos que viven a espaldas del mundo a cuya costa beben.

Hoy, bajo el sol, bajo la palabra del Ruhmana, quiero haceros una promesa: antes de 100 días la ciudad de los Bahà'i estará abierta, sus murallas caerán y el agua volverá a cubrir esta tierra. Antes

de cien días os conduciré a la quinta era de los turkmenos!

Un rugido surgió de la multitud armada:

- Turk-men-wa-tan!! turk-men-wa-tan!! turk-men-wa-tan!! turk-men-wa-tan!! turk-men-wa-tan!! turk-men-wa-tan!! turk-men-wa-tan!! turk-men-wa-tan!!...

II. El sitio

Realmente era hermosa. Desde la distancia un espejismo más que una muralla. Un inmenso libro digital extendiéndose sobre una cinta de material plástico luminiscente a lo largo de una elipse perfecta de 3×4 kilómetros. Sin puertas ni discontinuidades. Cerrada en si misma y mirando al exterior. De cerca, podían verse los píxeles saltando sin orden aparente. A veinte metros se leían ya las palabras moviéndose, bailando de izquierda a derecha.

Mutaba de color continua e imperceptiblemente para mimetizarse en el desierto. Sólo la palabra

quería destacar. A mediodía la cinta era albero roto por el negro abismal de las letras. De noche, se invertía el juego y los mensajes parecían dibujados por una obediente legión de fuegos fatuos.

Protegida por la gigantesca pantalla, una flor blanca tejida en filamento fotovoltaico se abría y cerraba siguiendo los ciclos solares. El conjunto llevaba monologando más de un siglo en el erial que le rodeaba.

Los textos largos nunca se repetían, aunque una vez al día, como un único credo siempre idéntico podía leerse:

Actualmente la humanidad está llegando a su madurez. Esto es lo que hace posible la unificación de la familia humana y la construcción de una sociedad pacífica global mediante el establecimiento de una federación mundial que lleve a la eliminación de los extremos de pobreza y riqueza, asegure la educación de todos y la plena igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres.

En el centro del camino espiritual de la Humanidad ha de estar el abandono de todas las formas de prejuicio.

Buscamos el reconocimiento de la unidad y relatividad de la verdad religiosa. Todas las religiones son parte de un mensaje civilizador divino a lo largo del tiempo, pero no pueden ser tomadas como sistemas cerrados y absolutos. La verdadera religión está en armonía con la razón y la búsqueda del conocimiento científico.

No es posible imponer la verdad religiosa, nuestras normas no pueden ser impuestas a quienes no piensen como nosotros, ni siquiera aceptamos hacer proselitismo: Es la responsabilidad de cada persona, bahai o no, buscar la verdad independientemente y por si misma en todos los campos.

Ogulsapar había mandado colocar entre el campamento y la muralla un gran lienzo de tela de saco para que sus hombres no se abstrayeran leyendo los mensajes de la ciudad a destruir. Una canción de pastores aseguraba que si leías sin parar

de la muralla primero no comprendías, luego intuías y finalmente enloquecías.

Semana tras semana fueron llegando al campamento decenas de carretas tapadas y selladas.

Cuando ya habían cumplido noventa y nueve días de sitio, a la madrugada, Ogulsapar dió una visera y un mapa a cada uno de sus jinetes. Debían tomar sus posiciones sin mirar ni contaminarse a lo largo de la pantalla. Sólo podían mirar hacia el suelo.

A mediodía, como una bacteria que fagocita a otra, carros y guerreros formaban una envoltura perfecta sobre la muralla parlante.

Cuando la flor se abrió completamente, como obedeciendo a una única voz, los carros derramaron su contenido formando una barricada amarillenta y tóxica. Cambiando espadas por palas igualaron la carga del veneno mientras las carretas volvían a ser retiradas.

Al acabar la operación Ogulsapar formó de nuevo a sus hombres en el campamento. Entre el silencio,

con un gesto, mandó tirar la larga cortina de separación.

-Miradla!! Ya no hay peligro. Apenas durará unas horas. La muralla que habla pero no nos deja hablar tiene las horas contadas. El recinto que protege, el corazón de nuestra Tierra Sagrada volverá a ser nuestro mañana. Podéis ahora mirarla para contar a vuestros hijos cómo era el insulto, el muro que dividía nuestra tierra. Mañana, cuando ya sólo sea una ruina, el agua de su interior volverá a regar los campos y sus casas serán la primera capital de la nueva era Turkmena. Recuperado el ombligo del desierto, Turkmenistan entero no tardará en ser uno.

Una mirada bastó para que una fila de arqueros se adelantara unos pasos y disparase flechas encendidas contra el túmulo amarillento con el que habían cubierto la pantalla. Al contacto de las primeras flechas una pequeña explosión dio paso a un fuego insidioso que habría de durar durante horas.

La pantalla, invulnerable hasta entonces, elástica frente a flechas, piedras y golpes de espada,

comenzó a derretirse lentamente en goterones plasticos iridiscentes. La noche, por primera vez en mucho tiempo sin palabras escritas sobre la oscuridad, fue un espectáculo de colores sin nombre y lavas imposibles.

III. El triunfo

A mediodía del centesimoprimer día los pétalos, ya inertes, del gran loto central eran lo único que se mantenía en pie. De la muralla quedaba el rastro triste de un adorno de nata montada dejada al sol.

Sola, seguida tan sólo por la fiel Maisa, Ogulsapar cruzó el cerco calcinado que todavía humeaba irritante pestilencia y entró en la ciudad prohibida. No había ni un alma. Tan sólo un mecanismo roto, un metabolismo muerto.

En el centro del centro, un aljibe recogía las últimas gotas de agua que caían de los pétalos muertos.

- El agua está -comentó Maisa en voz baja a modo de un consuelo imposible- pero no es tanta, debía de servir para mantener vivas las pantallas.

- Y no había nadie... Construyeron todo esto para nada... Para escribir sus palabras en el desierto,

para provocarnos... Sólo era un complicadísimo insulto, un cáncer enquistado...

Caminando de vuelta, mirando en la distancia la tropa que esperaba disciplinadamente, Ogulsapar comenzó a dar forma a la idea madre de su siguiente discurso, el que habría de dar comienzo a un nuevo despertar nacional

-Las patrias no se hacen con agua y no vinimos aquí por ella. No recuperaremos el agua del Turkmenbashi sino una única voz para nuestra tierra. Volveremos a ser uno. Una única voz es mil veces mejor que una fuente en el desierto.

Carreras de viento

A estas alturas Ogulsapar era un mito de la cultura popular más que un peligro geopolítico. Había culebrones interactivos sobre ella. Incluso uno para niños con actores virtuales zoomórficos en el que la reina guerrera era representada por una esbelta gacela del desierto.

Así que evidentemente no era la primera vez que Mustafá escuchaba la historia, pero no le importó que Hakim, el uzbeko, se pasara media cena recreándola para Aisha, la piloto sevillana que había quedado sentada entre los dos. Uzbekos y turkmenos tenían tan poco que ver entre sí como castellanos y granadinos, pero con todo la proximidad de orígenes le daba un toque de autenticidad.

Las cenas de pilotos anteriores al comienzo de la carrera eran así todos los años. Conversación cortés y algún coqueteo. Convenía conocer a los nuevos.

Al menos recordar sus nombres por si en mitad del desierto tu vida pasaba a depender de la disponibilidad de su vela de repuesto.

Cuando Hakim terminó el relato, Aisha cambió el tercio:

- Lo interesante de la historia de Ogulsapar es que su futuro es absolutamente arcaico. Quiero decir, lo que pretende es algo que aquí ya dejamos atrás hace mucho tiempo. Quiere llegar a un mundo anterior al de los consensos universales, un mundo con fronteras, con casillas donde cada cual tiene su sitio vital por nacimiento...

Mirad las historias del futuro del siglo XX. Eran mucho más avanzadas: naves espaciales, galaxias, viajes... era como si la Tierra se les quedase pequeña.

- Tampoco lo creas -replicó Mustafá. Cuando lees todas esas historias en realidad hablan del mundo que conocían: cada nuevo planeta venía a coincidir con un país de entonces y cada nueva especie inteligente reproducía los arquetipos de los países

rivales del del escritor de turno. Hasta Welles, que es el padre del invento, cuando hace “La guerra de los mundos” toma el imperialismo inglés en Africa como modelo para las tropelías de sus marcianos...

- Hombre, imaginaban un futuro de máquinas voladoras, cohetes, robots inteligentes como personas... Y ese era nuestro futuro... comparado con él nuestros cohes de viento, por mucho que corran, se quedan en nada. El futuro ya no es lo que era. Nos lo quitaron en algún momento y ahora está enterrado en el mar de bosques.

Era el momento clave. Aisha era la típica divina sevillana. Seguro que la observación, con frasecita final y todo, la había repetido mil veces en tantas otras cenas, con la aprobación de los cretinos modernillos de turno. Si le seguía la corriente, Hakim no tendría nada que hacer esta noche.
-Pero... ¿qué coño?

- Tampoco pretendieron nunca que fuera el futuro ni la gente que los leía lo hacía pensando que aquello podía describir SU futuro. Era un presente superlativo, una cierta forma de caricatura con la

que presentar, sin compromisos realistas, las críticas que no tenían sitio en la literatura “normal”.

Mira, ni siquiera tiene que ver con la energía ni con los bosques. A finales del siglo XX tenían todavía petróleo barato de sobra para mandar todos los cohetes que quisieran, pero tras la llegada a la Luna y sobre todo tras el fin de la Guerra Fría, el espacio distante dejó de tener interés para los gobiernos y seguía siendo demasiado caro para las empresas. A partir de ahí las space-operas son o un puro molde, una convención sin más o un chiste para astrónomos con pretensiones literarias. Nadie creía en los materiales “antigravitatorios” ni los extraterrestres antropomórficos de un modo diferente al que podían creerse Superman o “La flauta mágica”

Aisha hizo un mohín forzando un poco la entonación, respondió tomando un aire coquetamente infantil e ignorando a Hakim que abría ya la boca para hablar

-Pero... y mi coche volador...

Mustafá en un instante se dió cuenta de que, en otro momento, tal vez unos años atrás, le hubiera parecido encantadora. Pero ya había madurado lo suficiente como para no caer en el juego que implícitamente se le proponía. Simplemente le agotaba. O el premio no le provocaba tanto como antes. Sonrió de mala gana y miró a Hakim dándole la palabra.

El resto de la noche intentó socializar de forma dispersa y sin demasiado convencimiento con los otros pilotos. En su mayoría eran los pijos de siempre. Todos más o menos emparentados con las “buenas familias andalusíes” de toda la vida. Muchas pretensiones de modernidad y poca sustancia.

Cuando ya tocaba volver al hotel se desvió del grupo sin despedirse y se perdió por el puerto en un paseo sin rumbo. Trató de imaginar un puerto del siglo XX, el ruido de los motores de explosión, las chimeneas en los barcos...

Y finalmente, aunque estuviera prohibido, durmió en la playa.

El primer día de carrera era pura exhibición. Carretera vacía con la gente saludando a los lados desde Málaga. En los interactivos, las imágenes de los coches a más de 200 por hora en mitad del puente del Estrecho. Y para el fin del día, fiesta y cena en un buen hotel del gran Tetuán.

En realidad mucho tiempo para estar con uno mismo y hacerse aún más a la máquina. Para preguntarse tal vez por qué había venido un año más. Estaba claro que a los organizadores tampoco les gustaba ya demasiado y con los participantes no tenía nada que ver. A él le invitaban porque no podían dejar de hacerlo sin que los aficionados no les preguntasen el motivo. Y él iba por no perder la oportunidad de ir el año siguiente, tal vez en la esperanza de que pasara algo que lo hiciera apetecible entonces. Tal vez por pura estupidez.

Unos años antes el ambiente era muy distinto. Cuatro hackers adaptando una tecnología de un siglo atrás y pensada para barcos, buscando emanciparse de forma barata de las baterías eléctricas. Soñando con utilizar el viento para

liberar a la gente de la dependencia del gobierno y las eléctricas, de los trenes y las regulaciones de espacio para paneles fotovoltaicos. Las primeras carreras habían sido realmente divertidas. Pero habían cometido un error. Habían vendido aquello como modernidad y una jauría de meritorios se había apropiado de lo que era una fiesta de frikis con bajo presupuesto. En cierto modo los primeros talleres públicos y los coches franceses de serie, baratos y fáciles de pilotar habían hecho aquello inevitable. Ahora, los guayses campaban y las estrellas ascendentes de los interactivos se presentaban a si mismos como pioneros del invento. Gran putada. Ahora él era un testigo incómodo de un pasado demasiado reciente, de una impostura que adornaba biografías de gente que se estaba haciendo demasiado importante. Su generación rascaba poder sólo para demostrar que era tan lamentable como las anteriores.

Enfiló el Gran Puente. El monitor de navegación le informó que estaba siendo enfocado por los globocámaras de los interactivos. Millones de personas le

veían. Era el momento. El deseo de hacer algo definitivamente impertinente, algo que le diera una excusa para no volver jamás, llegaba poco a poco a las manos. Conecto el auricular a la transmisión global para escuchar al locutor relatando sus propios actos. Le apetecía verse como un avatar de videojuego, conducirse libre de responsabilidad sobre su propio cuerpo.

-...un momento... parece que tiene problemas con la dirección... está reduciendo... se va a comer el anden central... no... nooo... está dando la vuelta. Ha dado la vuelta y enfila de nuevo hacia Algeciras esquivando a los otros corredores... Es peligrosísimo, nunca habíamos visto algo así, estas imágenes llenaran las noticias interactivas del mundo... ¡Hassan! ¿puede tratarse de un problema técnico?

- Bueno, Rashid, Mustafá siempre está listo para darnos una sorpresa, es un corredor experimentado pero

El primer “pero” era la señal pactada consigo mismo para quitar el sonido. Hassan era un veterano

ganador de las primeras carreras que se había reubicado como comentarista deportivo. No quería guardar una mala imagen. No quería enfadarse. Tan sólo quería llegar al puerto de Algeciras y comprar un pasaje en el primer barco que saliera para América.